

Capítulo 6

El Salto del Caballo

Abril 1808

No hay patria donde no hay ciudadanos y éstos sólo existen donde hay libertad. No puede haber libertad civil sin una constitución política y donde los ciudadanos no intervienen en la elaboración de las leyes y donde no son iguales ante la ley. La Patria no es ese pueblecito, esa provincia, ese estado en el que nacemos; es esa sociedad, esa nación, donde protegidos por leyes justas, moderadas y aceptadas por todos, disfrutamos de los placeres de la vida, del fruto de nuestro trabajo, de los beneficios de nuestra laboriosidad y de la inalterable posesión de nuestros derechos indescriptibles.

Jean Jacques Rousseau
El Contrato social

No puede el hombre estar solo. Vivimos en comunidad. Nos esforzamos no sólo por nosotros mismos, también para los demás. Nos ayudamos, tratamos de ponernos de acuerdo, buscamos el bien general. Todo esto que dice Bernardo en realidad es verdad. Y a mí me sirve. Pensando que formo parte de algo, de la nación, me siento alguien y no me mortifica tanto ser un pobre labriego a quien su mujer no hace caso y que vive alejado de su familia. Unos se meten frailes y se sienten hijos de la Iglesia o de su orden. Otros viven como hermanos dentro del ejército. Los masones buscan la fraternidad universal de los hombres libres. Yo, que no sirvo para ninguna de las tres cosas porque soy algo cazarro, me siento español y eso me basta. Hijo de esta patria desdichada que no le gusta bajar la cabeza. Ciudadano de un país que tiene que encontrar su camino. Ahí siempre me tendrán.

En 1807 Godoy tuvo que ceder en la más firme de sus convicciones, entregarse a la voluntad del emperador de los franceses. Muchos se vieron obligados a hacer lo mismo. En 1808, los partidarios del valido rivalizaban ya con el partido fernandino para ver quién era más bonapartista.

Pero las concesiones al emperador habían llegado a un punto grotesco. Se habían llegado a entregar, de manera quijotesca y sin ninguna contrapartida, catorce mil soldados capitaneados por el marqués de la Romana para luchar en Dinamarca. El gobierno de Carlos IV, con la firma inevitable Godoy, hizo pública su más rendida

felicitación por la paz conseguida en Tilsit entre el zar Alejandro y Napoleón, cuando en realidad una de las cláusulas secretas del tratado incluía el fin de las Casas reinantes en Portugal y España para ser sustituidas limpiamente por la dinastía Bonaparte.

De nuevo la guerra entre Francia e Inglaterra exigía el paso de batallones franceses por la península y los españoles contemplaron atónitos cómo las tropas napoleónicas campaban a sus anchas por el País Vasco desde el mes de febrero. En marzo, distintos regimientos se habían establecido ya en Valladolid, Burgos y Barcelona. La población asistía estupefacta a la cómoda invasión francesa presa de un sentimiento fatalista, de aparente resignación a los hechos consumados aunque no todo fuera pacífica aceptación. Junto a quienes se cruzaban de brazos ante la tropelía había otros dispuestos a sacudirse el yugo como fuera, incluso por las armas. Algunos, de hecho, habían empezado a organizarse y a salir en grupos de tres o cuatro. A cazar franceses.

A la Francia napoleónica, borracha de superioridad y ciega ante la realidad ajena, la apariencia de calma la engañó por completo. Al igual que el emperador, los mariscales franceses estaban convencidos de que la apatía de los españoles era la consecuencia natural de un pueblo degradado, largamente sometido por la Inquisición, un país inferior en el que campaban poderosos señores de horca y cuchillo bajo una monarquía absolutista y corrupta. Las tropas francesas se comportaban con la altivez de los conquistadores, tomando lo que les venía en gana y llevando sus convoyes y pertrechos con pequeñas escoltas o ninguna protección.

A finales de enero llegó a Castrillo de Duero un sargento de dragones francés acompañado de su ordenanza. Pertenecía al regimiento con base en Peñafiel y traía órdenes de su coronel para hacer acopio de alimentos y forraje en los pueblos de Castrillo, Fuentecén y Nava de Roa. El hombrecillo, pequeño de estatura aunque arrogante como un bajá, se dirigió inmediatamente a la alcaldía para exponer sus exigencias mientras la chiquillería le seguía haciendo mofa de sus andares marciales. Las mujeres se asomaron a las puertas, los hombres miraban de soslayo el extraño uniforme y escuchaban con aprensión su tintineo metálico, mientras el ayudante del bigotón trataba de contener a su alrededor la nube de críos quisquillosos.

El sargento llegó al consistorio guiado por las muchas manos que le iban indicando el camino. En el momento de franquear la puerta, el alto gorro militar tropezó

con el quicio, dio un respingo hacia atrás y tiró del barbuquejo de cuero hasta ponérselo al ufano oficial debajo de las narices. La chirigota fue tremenda. Algunos chavales se revolcaban por el suelo atacados por espasmos de risa, otros se doblaban sobre sí mismos haciendo burla y hasta algunos de los hombres que habían salido de la taberna sonrieron abiertamente. El petimetre volvió a colocarse el larguirucho morrión, se ajustó la cinta a la barbilla y enderezó el cilindro de su cabeza con movimientos mecánicos, como aquellos muñecos articulados que traían a veces por las ferias. Luego entró en el consistorio, no sin antes dirigir una mirada lo más severa que pudo a la divertida concurrencia.

Las peticiones de avituallamiento para hombres y bestias no eran pequeñas, pero al alcalde no le quedó otro remedio que aceptar las órdenes recibidas de la capitania general de Burgos. Dictó de inmediato un bando que requisaba harina, aceite, patatas, tocino y queso, a razón de una medida fija por vecino, añadiendo que ponía a disposición del ocupante toda la paja guardada del verano. El sargento se retorció los gruesos bigotes dando su aprobación y repetía *muy bien, muy bien*, pues tampoco sabía decir mucho más. Era el ayudante, un gascón que en su juventud anduvo faenando con los pescadores de Guetaria, el que más chapurreaba español.

Tras la requisitoria, el sargento se puso meloso para explicar que ahora necesitaba un buen aposento para hacer noche, bañarse, cenar y que le lavaran la ropa. El ayudante tradujo como pudo la nueva petición, aunque no desde luego en los términos ampulosos de su sargento. Aquel hombre tenía los modales de un divo y pretendía que en aquella aldea castellana, en mitad del invierno, le sirvieran como en el Grand Palais de París.

No le resultaba agradable su forzado papel de anfitrión, pero de nuevo el alcalde hizo de tripas corazón y se puso a pensar cuál sería el lugar idóneo para hospedar a aquel par de franchutes. Tras meditarlo un rato, mientras daba zancadas a un lado y otro de la habitación, se acordó de que la Fuencisla tenía dos habitaciones libres porque los hijos andaban a la poda por tierras de la Rioja. Además estaba con ella Rosario, la moza soltera que aún vivía con sus padres, para ayudar con la cena y la limpieza de los uniformes. Con lo que no contaba el alcalde era que los encantos, evidentes, de aquella hermosa joven iban a encender la pasión y los arrumacos del gallito francés. Mucho menos tuvo en cuenta, para desgracia de lo que vino después, que la dicha moza andaba enamoriscada y en tratos con Juan Martín, un hombre apacible pero feroz cuando se lo proponía y que además detestaba a los franceses.

Los dos militares fueron conducidos a la casa que habría de albergarlos en medio de la inevitable tromba de chiquillos. A Fuencisla el asunto no le hizo gracia pero tampoco se opuso, era mujer de talante abierto y pronta a hacer favores. El alcalde le dio a entender que buscaría la manera de compensarle por la molestia.

No tardaron los recién llegados en estar sentados a la mesa, viendo como humeaba una sopera generosamente llena del potaje de garbanzos, huevos, acelgas y tocino de cerdo que había estado cociéndose a fuego lento toda la mañana y que debería haber servido para varios días. *Meslé* Gaston -que así se presentó el sargento de dragones- y su ayudante Benoît tenían los ojos golosos y daban buena cuenta de la pitanza ante la mirada amable de la señora de la casa, el mutismo absoluto del padre y el desdén educado de aquella moza de piel blanquísima y mirada de fuego.

Cuando terminaron, Fuencisla les prestó unos camisones de dormir de sus hijos y se llevó sus calzones y camisolas para darles un agua. Rosario, entretanto, los acompañó con una palmatoria encendida al piso de arriba, para mostrarles sus habitaciones. Primero fue la de Benoît, más chica, donde dejó encendido el candil de la taquilla. Luego llevó al sargento a la de su hermano Francisco, que era más grande y hasta tenía espejo. Mientras encendía la bujía colocada en la mesilla de noche, el satisfecho Gaston la observaba con ganas de rematar la jornada. Ya había tenido éxitos con las mujeres de las fondas en Alemania, que contemplaban admiradas sus anchas patillas y el poblado mostacho. Ésta no iba a ser menos.

El francés se acercó por detrás y la tomó por la cintura. La chica se revolvió asustada pero decidida a quitarse de encima las manos del sobón que mascullaba palabras de deseo, una mezcla de requiebros y amenazas mientras la sujetaba como podía. Cuando la tuvo sobre la cama, trató de abrirse paso entre el ovillo de piernas y brazos que apretaban y golpeaban. Los labios de Gaston recorrían la piel de la muchacha como un cepillo húmedo y estremecedor mientras con sus manazas el gabacho la atenazaba por las muñecas y la sujetaba tumbada boca arriba. La chica no pudo más y gritó.

El asustado Bernard no hizo nada por acudir a los gritos, ya se figuraba él lo que estaba ocurriendo. Los padres de Rosario sí subieron la escalera a trompicones. A Fuencisla le aterró lo que vio al entrar.

-¡Hija! ¡Por Dios, señor, os lo suplico!

No le dio tiempo a decir más. El sargento se enderezó y le dio un manotazo que la arrojó al suelo. El padre, lívido, había sacado su navaja del bolsillo y se acercaba

despacio hacia el hombre del camisón, apuntando hacia su barriga. Con un rápido movimiento, el francés le asió de la muñeca y le hizo tirar el arma al suelo. Luego le dio un rodillazo en el pecho, otro golpe con el antebrazo en la espalda y alejó el cuchillo de una patada.

El padre quedó tendido boca abajo, la madre suplicaba desde un rincón, la chica se desesperaba tratando de ayudar a uno y otro mientras lanzaba frenéticos puñetazos a su agresor que se perdían en el aire. El sargento resoplaba y maldecía a las mujeres españolas. Soltaba juramentos en francés y órdenes perentorias en improvisado español.

- ¡Fora, maudits! ¡Mujera perra! ¡Fora, je dis, o mato todos!

Fuencisla fue en cuclillas hasta su marido. Rosario les ayudaba sorbiendo las lágrimas, abriendo del todo la puerta para transportar el cuerpo renqueante del padre. Le hervía la cara, se sentía sucia, pero sabía exactamente lo que tenía que hacer si quería venganza.

Se quedaron los tres un rato al amor de la lumbre, junto al fogón, curando su espanto con caricias y palabras suaves. La madre se afanó en preparar un cocimiento de tomillo para aplicar a su marido una cataplasma en el pecho y la espalda. Rosario le sujetaba la cabeza y le acariciaba el pelo.

-Yo me voy esta noche a casa de la prima Isabel y mañana, cuando amanezca, iré a buscar a Juan y le contaré lo que ha hecho el maldito francés. Esto no va a quedar así, padre, se lo juro.

El hombre miraba a su hija con ojos líquidos y respondía moviendo la cabeza hacia arriba y abajo cuando su mujer le preguntaba si podía respirar, si se encontraba bien. Durante todo el tiempo que duró el siniestro episodio no pronunció una palabra.

Al notar que la casa se quedaba en silencio, Bernard saltó de la cama y se dirigió a la habitación de su superior. Le desagradaba profundamente el proceder del sargento con las mujeres desconocidas y detestaba sus maneras de militar de opereta. Sabía bien lo que había ocurrido ahí dentro.

-¿Da usted permiso, mi sargento?

-Adelante.

-¿Manda alguna cosa, mi sargento?

-Que vuelvas a la cama, Benoît. Y mañana me traes la muda limpia y el desayuno aquí, a la habitación. No quiero verles las caras a esos desgraciados.

Los arañazos de la cara, la ropa rasgada y el color encendido de las mejillas, a punto de apoplejía, daban cuenta de la resistencia de la muchacha y la frustración del torpe casanova. "Magnifique", pensó Benoît, "se lo tiene merecido".

A las diez de la mañana volvió Rosario, cuando los franceses ya se habían marchado. Detrás de la muchacha, en la penumbra del zaguán y ocupando todo el vano de la puerta, Fuencisla distinguió la figura de un hombre fornido con el gesto serio. Hacía tiempo que no veía al hijo mayor de la señora Lucía, aunque sabía que se veía con la Rosario cuando se quedaba en Castrillo, lejos de esa arisca mujer con la que en mala hora se había casado en Fuentecén.

Juan tenía los bigotes largos, las patillas cortadas en forma de hacha, la barba cerrada y oscura, aunque recién rasurada, y el pelo trenzado en coleta y cubierto con un pañuelo anudado por detrás. La chaquetilla de pana delataba su musculatura. Su estatura mediana, tirando a alta, ocupaba todo el vano de la pequeña puerta.

-Juan... -la madre de Rosario le abrazó tratando de reprimir unas lágrimas que brotaron a pesar de todo.

-¿Qué ha pasado aquí, señora Fuencisla? Aunque mejor no me lo diga porque ya lo sé.

-El pobre Suitverto se enfrentó a ese demonio y salió molido a palos. A la chica no le ha pasado nada porque se defendió y a mí tuvo la cobardía de darme un guantazo. Si pudiera, lo estrangularía con mis propias manos.

-Deje mujer, que eso es cosa que hay que hacer de hombre a hombre.

El padre se quejó al intentar moverse. Estaba medio recostado en la otomana del cuarto principal, con una fuerte venda apretándole las cataplasmas. Juan se acercó y poniendo una rodilla en tierra, le tomó la mano que colgaba como yerta.

-Le juro por mi padre muerto que esos dragones franceses van a pagar por lo que han hecho.

Suitverto soltó su mano y acarició la cabeza del hombre al que veía aún como un muchacho. Sonrió. A Juan se le encendió la sangre.

-¡Hasta cuándo van a seguir profanando nuestra tierra los malditos franceses! ¿Es que vamos a tener que consentir que mancillen a nuestras mujeres, abusen de los ancianos y saqueen nuestra hacienda? ¿Tendremos que soportarlo todo, con buena cara, como si fuéramos esclavos, cobardes, seres inútiles o inferiores? No y mil veces no. Yo les digo que esto tiene que acabarse y si no la hace el gobierno, ya nos encargaremos de ello los buenos españoles.

Juan sabía que ya había grupos de paisanos que se dedicaban a tender emboscadas a los franceses, para quitarles lo que antes ellos les habían robado. Pero no era suficiente. La autoridad política de la nación, y sobre todo, la militar, tenían que intervenir. Tampoco parecía que eso fuera posible, así que sus palabras nacían más de la indignación que del convencimiento. Lo que sí tenía claro era que aquel fanfarrón que se había atrevido a poner las manos sobre la mujer que amaba, no se iba a ir de rositas. -Tienes razón, Juan, ya está bien de atropellos –Rosario era una mujer de ideas claras-. Deberíamos plantarles cara, aunque no sé cómo.

-Yo sí lo sé.

Ella se había acercado a él y le miraba de frente, sujetándole los brazos. Sin pensárselo dos veces, allí, delante de sus padres, le plantó dos besos al que era su novio, aunque estuviera casado con otra mujer. Juan se soltó de sus brazos y la contempló sonriendo, mientras le apartaba un mechón entre los ojos.

-Descuida niña mía, yo te vengaré.

A poco más de dos leguas de Castrillo, en el camino de Peñafiel que los franceses habían seguido según le indicó un pastor, había un paraje que Juan conocía bien y que servía perfectamente a sus propósitos. La gente lo llamaba *El Salto del Caballo* desde que el famoso bandolero José Melero se había lanzado con su montura sobre una diligencia, realizando una de sus hazañas haría cosa ya de treinta años. Era un paso angosto, entre la corriente del Duero y un pequeño collado que servía muy bien de parapeto si alguien quería tender una emboscada.

Juan se dio prisa. Espoleó su caballo con la esperanza de que los militares franceses no hubieran alcanzado aún el lugar. Galopaba por las lomas que bordean la ruta, tomando atajos y sin dejarse ver. Pronto los distinguió a lo lejos. Allí estaba ese bellaco cabalgando al paso, con aire despreocupado, seguido por su ayudante.

Juan avanzó hasta su objetivo tratando de pasar inadvertido. Tampoco le hubiera hecho falta tanta prudencia, pues el amodorrado sargento no temía gran cosa de los lugareños. A veces atacaban a los convoyes de provisiones, pero como a él no le habían hecho nunca nada, marchaba tan tranquilo. El español llegó antes al recodo elegido. Mientras desmontaba, observó cómo el ayudante se paraba para ajustar la cincha del caballo, que se le había aflojado. "Mejor así", pensó Juan, mientras cargaba su trabuco con una piedra grande. El oficial francés también paró. Juan no sabía si alertado o

porque esperaba al que parecía un torpe ayudante. Lo cierto es que le vio encaramarse el fusil, apuntar hacia un lado del camino y disparar. De la cuneta cayó una cabra ensangrentada, todavía balando.

-¡Será cabrón!

Aún no se había disipado el humo de su mosquete, cuando se oyó una nueva estampida. Esta vez el blanco fue su propia frente. El sargento abrió la boca, puso los ojos en blanco y cayó como un fardo hacia atrás, arrugando el sombrero. Benoît, que ya trotaba para alcanzarlo, se quedó pasmado pero no se amilanó. Paró en seco su montura y gritando todo lo que pudo, se puso de pie sobre los estribos.

-¿Quién va?

La respuesta fue otro trabucazo a los pies de su caballo que le tiró de la silla. Cuando trataba de levantarse y buscar el fusil por el suelo, vio acercarse unos pantalones a pocas yardas. No se atrevía a mirar y siguió haciendo como que buscaba el arma.

-Así que hablas español.

-¿Pardon?

-No te hagas el tonto, chaval, que te he oído.

-Le comprendo... despacio... señor.

-Así está mejor.

Benoît tragó saliva. No parecía que quisiera matarle a él también aquel español de enormes patillas y un trabuco que era como su brazo. Trató de dar naturalidad a la escena.

-¿Por qué matar Sargent?

-Por la mujer.

-Ya.

El chico no necesitó mayores explicaciones. Juan tenía el arma bajada, sujeta en el antebrazo y se estaba liando un cigarro sin mirar al francés. Después de pegar el papel con saliva, sin levantar todavía la vista, le habló.

-Porque ha sido el sargent quien atacó a la Rosario ¿no? No fuiste tú ¿verdad muchacho?

Benoît negó con la cabeza mientras dos lágrimas adolescentes rodaron por su rostro pecoso. Juan le miró y frunció los labios.

-Anda, vete.

-Yo... señor... la verdad... me pareció "hoguible"

-Ya, ya. Venga, lárgate. Y deja su caballo.

Aquello estaba hecho y sólo quedaba asumir las consecuencias. Juan sabía perfectamente cuáles eran: echarse al monte, volver a la guerrilla que aprendió en Cataluña, arriesgar su vida por la patria y poner en peligro su libertad para lograr la del futuro rey Fernando.

Cerca del mediodía, cuando la mayoría de los habitantes estaban recogidos en sus casas para el almuerzo, llegó al pueblo solo. Los vecinos se asomaban a las puertas, curiosos. Veían pasar a Juan, erguido en su caballo, serio, con el cadáver del sargento sujeto a la montura del otro caballo, mostrando a las claras lo que había pasado. Al principio, sólo unos pocos se atrevieron a seguirle. Poco a poco, al tropel de chiquillos se unieron otros jóvenes y algunas mujeres. Para cuando llegó a casa de Rosario, eran ya muchos los que coreaban su nombre y daban vivas a España y mueras a Francia y al emperador. A la puerta de la casa estaba Rosario esperando. Emocionada, se acercó a su amante y le besó las manos. Sus padres observaban la escena, contentos.

-Ahí lo tienes, mujer.

-Gracias.

Ella ni siquiera miró el sanguinolento bulto. Manuel, que había escuchado la algarabía, se abrió paso entre la gente y fue directo a su hermano. Le abrazó. Con él iba Dámaso, silencioso. Sin esperar a que les dijera nada, los dos desataron el cuerpo del francés y lo cogieron por brazos y piernas. Con la muchedumbre acompañándoles fueron hasta el río para tirar el cadáver. La gente reía y aplaudía. El alcalde no quiso salir de su casa.

Aquella noche la pasó Juan en casa con su madre y hermanos. Tuvieron muchas visitas y pasadas las dos de la madrugada, Lucía tuvo que rogar a todos que se fueran a dormir. Ya no quedaba vino ni aguardiente. Antes de acostarse, Manuel se acercó a su hermano mayor.

-Me voy contigo, Juan.

-¿Estás seguro?

-Del todo. Tengo caballo y tabuco. Madre se puede arreglar con Dámaso y Antonio.

Luisa ha escuchado la conversación y no dice nada. Aunque le duele, prefiere seguir del lado de su hijo. Más ahora que son dos. Prepara ropa limpia y antes de irse a la cama, besa a sus hijos y les hace la señal de la cruz en la frente.

-Tened piedad aunque tengáis que disparar. Sed honrados, no toméis más de lo necesario. Tratad bien a la gente, hijos míos, que todos somos hijos de Dios. Y venid a verme siempre que podáis.

Por la mañana, salen a cazar franceses. Llevan un pequeño zurrón, una manta y su tabuco. La navaja en la faja y unas capas de paño grueso para envolverse. Saben que la pacífica vida de labriegos ha terminado para ellos.